Magnífica la evocación que hizo de Céspedes, José M. Cortina

(Continuación de la pág. PRIMERA)

mí, que vienen a recordar y enaltecer a su glorioso compañero de armas, reflejado en la estatua que acaba de ser develada. Para estos patriotas, que ostentan el altísimo título de Veteranos Libertadores de Cuba, yo pido un homenaje y un gran aplauso! (Prolongada ovación)

En la historia se presentan circunstancias ante las cuales los razonamientos de la lógica nada significan. En esta difícil hora en que los senderos del éxito se cubren de tinieblas, se revelan los hombres de creación y síntesis, que cambian los rumbos de la Historia.

La sociedad colonial cubana estaba en la más negra y desesperada situación. Ajusticiado Narciso López, fusilados Agüero y Armenteros, toda tentativa de rebelión era ahogada dura e implacablemente No había nada que no condujera al espíritu al más tétrico pesimismo.

Y, a pesar de todo, el cubano sentía arder en su corazón la necesidad fundamental de su vida moral: ¡la dignidad y la libertad! Aplausos)

Se reunían secretamente los patriotas en Santiago de Cuba, en Camagüey, en Las Villas, en La Habana; pero la actividad revolucionaria se manifestaba con más vigor en Santiago de Cuba.

La mayor parte de los conspiradores querían organizarse y prepararse bien; el magnífico y venerable Francisco Vicente Aguilera, que presidió la primera Junta de Oriente, recomendaba una revolución bien organizada, con los elementos necesarios para triunfar pronto.

Para esto pedía el aplazamiento por un año; en reuniones subsiguientes se acordó otro plazo de seis meses; luego, de tres solamente.

A estas juntas concurría un hombre raro que, a la mitad de su vida, como San Pablo por Cristo en el Camino de Damasco, había sido tocado por la Divinidad para que fuera factor providencial y determinante, piedra angular en los destinos de Cuba: Carlos Manuel de Céspedes. Asistía a todas las juntas impaciente y expectante; en una última reunión no estuvo presente Francisco Vicente Aguilera y se acordó precipitar el levantamiento.

Céspedes era partidario de la acción inmediata; él sentía la pasión contenida que se agitaba, violenta, en el corazón de los cubanos, y tenía fe en que esta pasión completaría los detalles y los preparativos que faltasen.

Otros, también fervientes patriotas, alegaban problemas de previsión, de armamentos, de oportunidad política. Usaban de esa razón ponderada que yo respeto. A pesar de ello, reconozco la profunda intuición profética que tiene la pasión, cuando llega en su exaltación a lo sublime; pasión a la que yo me uno cuando, como hoy, con un sentido romántico de reivindicación histórica, ¡levanta esta estatua! (Grandes aplausos)

¿Cómo se produce el hecho de La Demajagua? Yo rehuyo entrar en minuciosos detalles históricos y patéticos que, en este acto peculiar, frenarían mis palabras.

En medio de la excitación y la impaciencia de aquellos agitados días, llega una noticia fatídica: el Gobierno español se ha enterado de la conspiración y conoce a sus jefes e iniciadores.

El telegrafista Ismael Céspedes es el que informa: llegó un telegrama ordenando la prisión de todos los jefes, lo que haría fracasar se[illegible]ente el plan revolucionario.

Saben del telegrama los conspiradores y entre ellos Céspedes; el día que se había fijado, precipitando los acontecimientos, era el 14 de octubre. ¿Qué hacer?

Carlos Manuel de Céspedes, sin consultar más ni esperar ninguna fecha, echa sobre sus hombros y la fortaleza de su corazón la decisión de sublevarse en la madrugada del 10 de Ocutbre de 1868. Y con 37 cubanos mal armados, en su Ingenio La Demajagua, da el grito de libertad e independencia. ¡Y reta a España! (Grandes aplausos)

En ese día inmortal, Céspedes asumió la representación de todo su pueblo.

Son esas inspiraciones que, providencialmente, influyen en la Historia y hacen que en un momento dado un solo hombre encarne y represente los destinos de un pueblo.

Si no hay el 10 de Octubre que forzó Céspedes, nadie puede prever qué nueva fecha hubiera surgido después del desastre. Los caudillos principales del levantamiento habrían sido detenidos y llevados a los presidios, o hubieran caído frente a los cuadros de fusilamiento.

Céspedes, en aquella madrugada, con sus compañeros, lo arrostró todo, dominado por un fanatismo genial por la acción. El abismo no le importó nada. ¡Se lanzó al abismo con sus compañeros y en aquel día se dió el grito de independencia y de igualdad para todos los cubanos, sobre la base de la libertad! ¡Esa libertad que es el sol moral esencial para la vida y el progreso del pueblo de Cuba! (Aplausos)

El sentimiento revolucionario hervía en todos los ámbitos del pueblo; Céspedes interpretó mejor que los demás patriotas el valor práctico inmediato de esa fuerza moral oculta, la misma que invocó Martí frente a los escépticos cuando habló del subsuelo de los sentimientos del pueblo, durante su apostolado.

No era cuestión de preparar, según comentó Martí, una revolución como se borda un canevá, cuidando de tejer hasta el último hilo. Las revoluciones que se preparan a la perfección fracasan, por lo general, precisamente cuando se está terminando de ensartar ese último hilo.

Me refiero a las verdaderas y grandes revoluciones, a las que crean patrias, a las que levantan y son esenciales para el proceso de superación de la humanidad; y que se producen frente a un obstáculo insuperable que no puede ser eludido o dominado por ninguna otra vía pacífica y cívica. Esa es la única explicación y justificación posible de esas sangrientas convulsiones de la humanidad en que el calvario, la muerte y la gloria, se juntan en síntesis grandiosa.

La rebelión proclamada por Céspedes en La Demajagua representa la acción desesperada de Cuba, frente a dificultades lógicamente insuperables.

Céspedes—para que se vea hasta qué punto este hombre era intuitivo en su fanática decisión de ir, como una tromba, a la conquista de la independencia—comenzó a pelear al día siguiente y atacó al pueblo de Yara, con su grupo de compañeros mal armados.

Pero a Yara acababa de llegar un destacamento de soldados españoles. Los atacantes eran pocos e inexpertos... creían que con sus brazos y su valor temerario era suficiente. ¡Y fueron derrotados por las leyes inflexibles de la fuerza y de la guerra!

Es decir, que en la primera noche y en la primera acción guerrera, sufre Céspedes la primera prueba del temple de su carácter.

Se cuenta que, galopando derrotado con doce compañeros en las sombras de la noche, llevando siempre a su Patria sobre sus hombros, alguien le dijo: "Todo está perdido!" Y él se vuelve al que tal dijo y exclama: "¡No! Nada está perdido, ¡Con doce hombres se libera a un pueblo!"

Ahí está, en esa frase, el poder inmenso de una voluntad consagrada al sacrificio y a la acción, con dimensiones y magnitudes heroicas. (Aplausos)

¡En esas horas de iniciación, Carlos Manuel de Céspedes llevaba a Cuba, como un sagrado relicario, toda entera sobre su corazón!

Pocos días después se produjeron importantes levantamientos y se incorporaron nuevos sublevados. Hervía la guerra en toda la región de Santiago de Cuba y se propagó a Camagüey y al Centro; y lo que parecía un levantamiento audaz, fácil de dominar por el Gobierno de España, se convirtió en la formidable, en la obstinada y sangrienta Guerra de los Diez Años.

La Guerra de los Diez Años fué un arsenal de experiencia, un arsenal de ejemplos y estímulos heroicos, y un arsenal de guerreros veteranos, con el concurso de los cuales pudo trabajar mejor Martí. (Aplausos)

Ahora examinemos otra estación o etapa de la gesta heroica de Carlos Manuel de Céspedes: la Asamblea Constituyente de Guáimaro.

Reunida ésta seis meses después del levantamiento de la Demajagua, surgió el problema de organizar el gobierno del pueblo sublevado. ¿Qué método debía seguirse?

Gran cuestión que aún se debate y sobre la cual gira todo el enfoque posterior de la conducta de Céspedes y sus conflictos con la Cámara de Representantes; y la influencia de su destitución en el resultado final de la guerra.

Céspedes, el 10 de Octubre de 1868, asumió el Poder Ejecutivo; él tenía la preocupación de que la acción combativa de la revolución debía ser rápida y constante; que debía producirse primero la liberación y emancipación de Cuba por métodos de lucha, en que la autoridad directora de la guerra no fuera mediatizada por reglamentaciones excesivas, que obstaculizaran la agilidad de movimientos y la energía concentrada en la unidad del mando supremo.

Pensaba que luego vendría la hora de la organización republicana y regular del Estado, por medio de Asambleas Nacionales, Cámaras Tribunales y Magistraturas; todo esto ya en la serenidad del triunfo y la paz, convocando previamente al pueblo para que se diera a sí mismo el tipo de República o régimen que su voluntad escogiera como mejor y más adecuado.

Pensaba que la acción revolucionaria de combate se debilitaba con la subdivisión de Poderes; y que era necesario organizar una especie de gobierno republicano provisional de guerra, con un fuerte Poder Ejecutivo, que permitiera oponer a los golpes resueltos, duros y constantes, de las autoridades de España, una sola dirección y una sola mano, para conducir a los guerreros en la lucha encarnizada que era preciso sostener.

Para Céspedes, el objetivo inmediato era pelear, triunfar con los métodos más adecuados, eficaces y contundentes.

En la Asamblea Constituyente se trató este arduo problema. Los Delegados allí reunidos trabajaron en la confección de una Constitución que abarcaba no solamente los problemas de la guera, sino de jerarquía, instituciones y responsabilidades, propias de una República normal; pero que eran muy difíciles de cumplir y propicias a provocar continuos conflictos de Poderes, dado el tipo de guerra que sostenían los cubanos.

Céspedes creía que esa Constitución que creaba un Gobierno complicado de tipo convencional francés, correspondía al período de paz, cuando fuera convocado el pueblo para que, en uso de su soberanía, organizara el Gobierno definitivo.

En la discusión de estas cuestiones Céspedes se crece como un gigante de la ciudadanía. Es el hombre de La Demajagua, iluminado todavía por la apoteosis de gloria de los días del triunfo de Bayamo; él ostentaba el rango de Capitán General de las Fuerzas Revolucionarias, título que adoptó para la Jefatura porque era el que el cubano entendía mejor entonces, ya que era el nombre representativo de la máxima autoridad que había conocido desde la conquista de España; y no era cosa de cambiar la psicología popular y ponerse a explicar, en el comienzo de la Guerra, nuevos nombres de jefaturas de tipo clásico, en una rebelión realizada en las serranías y en los bosques, sin recursos suficientes, como no fueran el heroísmo, la audacia y el valor.

Los patriotas cubanos que formaron la Asamblea Constituyente de Guáimaro, a pesar de todas las objeciones, acordaron un gobierno que limitaba, debilitaba y dividía toda la autoridad que tenía Céspedes.

La nueva Constitución separó la Jefatura del Ejército de la Magistratura Presidencial; estableció que los Secretarios del Despacho, nombrados por el Presidente, tenían que ser aprobados por la Cámara de Representantes y subordinó en forma constante toda la actuación del Poder Ejecutivo de la República en Armas a las legislaciones, acuerdos y decisiones de una Cámara que cambiaba de residencia continuamente.

Céspedes presidió la Asamblea Constiuyente y fué nombrado Presidente de la República.

Triunfó en la Constitución acordada la separación de Poderes y la atomización de la autoridad. El romanticismo de las nuevas ideas políticas y revolucionarias en boga en Europa predominó frente a una realidad trágica, local y peculiar, que obligaba a usar métodos especiales para realizar la tarea, también especial, de vencer al poderoso Gobierno de España.

Céspedes, el hombre de La Demajagua, se encontró con que su situación de caudillo iniciador quedaba mediatizada y que los ímpetus de acción y combate que dominaban su espíritu, iban a estar rigurosamente frenados y debilitados por el complicado mecanismo legal que acababa de ser creado por los representantes del pueblo revolucionario.

El, que realizó la temeraria proeza de La Demajagua, pudo haber tenido una reacción contraria a ese método constitucional y pudo haberse dejado llevar por el fanatismo de sus convicciones y combatir y resistir ese sistema, que él estimaba habría de debilitar la guerra y producir la derrota de la Revolución.

Sin embargo, Carlos Manuel de Céspedes se sometió estoicamente a la voluntad del pueblo representado en la Asamblea Constituyente; y en un gesto que tiene pocos parangones en la Historia, se despojó de sus insignias de Capitán General y de todos sus atributos de mando directo del Ejército, los puso sobre la Mesa de la Asamblea... e inclinó la altiva cabeza ante la voluntad del pueblo allí representado! (Grandes aplausos).

Dió un ejemplo de abnegación, de civismo y de grandeza moral n[illegible]superables.

No es el hombre de formidable audacia de la madrugada de La Demajagua, que asume solo la dirección de la rebelión cubana, en fecha resuelta por él. Aparece ya el insigne patriota abnegado, que sacrifica todo movimiento de orgullo y de arrogancia. No es sólo el Caudillo de La Demajagua, es también el glorioso cubano, ejemplo inmortal en nuestra Historia, de grandeza republicana, dominio de sus pasiones y respeto a la Ley! (Grandes aplausos).

Sigue la guerra.

Céspedes, dentro de los frenos jurídicos creados, se tenía que mover en condiciones muy difíciles: de una parte, el ímpetu de su carácter y su decisión de Gran Capitán de la Libertad de Cuba; y, de otra parte, la opinión fluctuante de un Cuerpo Legislativo, en donde la responsabilidad se diluye entre todos los miembros del organismo y que, como todos los Gobiernos directos de Asambleas, interfiere, demora y complica, la eficacia de las decisiones de un Jefe que tiene que actuar frente a situaciones diversas e inesperadas, con pocos recursos; y substituir esas deficiencias con el valor, la estrategia y la rapidez.

En una pugna en que luchan el espíritu del caudillo indomable que late en el corazón de Céspedes y los reglamentos y disposiciones constitucionales que cohiben y diluyen su acción directora, pasan casi cinco años; es decir, que este hombre, a pesar de esas extraordinarias dificultades, levanta la guerra, la extiende a varias provincias y difunde en el mundo entero el prestigio de la encarnizada rebelión de Cuba.

La llamarada revolucionaria se presenta inextinguible, sin que España la pueda vencer, durante los cinco años en que él dirigió la guerra, dentro de las dificultades que provocaban las normas de la Constitución de Guáimaro.

Un Poder Ejecutivo militar y político fuerte y con facultades propias, de acuerdo con la peculiar guerra que se hacía, o una república normal de tipo clásico, con separación de Poderes y responsabilidad permanente y minuciosa del Poder Ejecutivo ante la Asamblea Popular. He aquí la síntesis y la esencia del conflicto entre Céspedes y la Cámara de Representantes; dos métodos o principios inconciliables frente a frente y una sola tarea inmensa que realizar.

La Historia va dando su fallo. Hay acontecimientos tan difíciles y confusos que los hombres no los pueden juzgar, sino en perspectiva y con las distancias serenamentes que necesita la Historia.

Los hombres son dirigidos por ideas y pasiones; estas ideas y pasiones, buenas y malas, se juntan y armonizan algunas veces y otras chocan y se arremolinan; y se producen catástrofes y grandes injusticias, a pesar de las mejores intenciones de muchos factores que intervienen en los hechos.

Los pueblos caminan con paso de siglos; y por eso nunca deben desanimarse los hombres por los contratiempos, equivocaciones y fracasos que sufran. A la persistencia secular de la voluntad de progreso a través del sacrificio y la adversidad, debe Cuba su independencia y todo lo que hoy enaltece su nombre.

Lo que salva a los pueblos es la calidad de su alma, es la profundidad de su fe y la nobleza de su corazón, que son los elementos que hacen posible la realización de ciertos ideales supremos que, de otra manera, perecerían entre las maldades que la flaqueza humana provoca sin cesar.

Lo que es bueno fundamentalmente, lo que lleva hacia lo alto y hacia la vida perdurable, se impone en definitiva y triunfa; cuando el pueblo está formado por una estirpe distinguida y superior como es la del pueblo cubano. (Aplausos).

Ahora viene otra etapa de suprema categoría moral de este hombre, que ennobleció con sus magníficas virtudes de patriota y demócrata la Guerra de los Diez Años que él inició.

El gran Jefe, el Caudillo, el hombre conocido en todo el mundo como el más alto representante de la Revolución cubana, el magnífico Campeón de La Demajagua, al fin, después de muchas dificultades, es sometido por la Cámara a una acusación y juicio fundados en problemas legalistas interpretados por la misma Cámara que acusaba y juzgaba al mismo tiempo, y es destituido como Presidente de la República.

El movimiento revolucionario que él impulsó decisivamente lo quita, lo separa de toda dirección, de toda intervención en el mando de la Revolución.

Su obra redentora, la que él salvó con su audacia acompañado de patriotas insignes, ya él no puede seguirla. Su anhelo por libertar a Cuba, que lo guiara en la mañana resplandeciente de La Demajagua, se desvanece. ¡Ya no es, no puede seguir siendo, el Jefe de la Revolución Libertadora!

¿Qué pasa en la conciencia de este hombre generoso y fanático del patriotismo? ¿Reacciona contra la terrible decisión? No.

Cuando fué electo Presidente por la Asamblea Constituyente, dijo al final de su discurso inaugural que él pedía a los cubanos el heroísmo para pelear contra el Gobierno de España y que a cambio de eso, él ofrecía su abnegación.

Cumplió su palabra; y su conciencia quedó unida por una milagrosa hermandad con la conciencia Nazarena de Martí, cuando éste dijo: "Para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Póngase el hombre de alfombra de su pueblo. ¡La Patria es ara y no pedestal!". (Grandes aplausos).

Céspedes queda destituído y pasa a ser simplemente el ciudadano Carlos Manuel de Céspedes, sin que se le dejara ninguna autoridad, derecho ni prerrogativa.

Debemos preguntarnos aquí otra vez: ¿qué hizo Céspedes en aquel momento y después?

Caudillo como lo era él, le sobraban partidarios y soldados para provocar en el acto una guerra civil, que hubiera destruído las esperanzas de libertad de los cubanos Entre esos jefes y tropas adictas, estaban las del General Jesús Pérez, que le ofreció apoyarlo y disolver la Cámara y poner en sus manos el Poder absoluto.

El pudo haber reaccionado por la fuerza contra aquello que él consideraba erróneo y fatal para que triunfara la guerra. No lo hizo.

Entendió que la Cámara de Representantes actuaba en uso de sus facultades y que a él le tocaba humildemente sacrificar su soberbia, —que no la tenía— su orgullo, que lo tenía y tenía derecho a tenerlo—, y su gloria de libertador de sus compatriotas, por la cual él estaba ofrendando todos sus bienes y su vida, la de sus hijos y de su familia.

Con una majestad de sentimientos que produce veneración, inclina su altiva cabeza ante el hecho. Dirige un Manifiesto al pueblo y al Ejército que yo no voy a leer en su totalidad porque prefiero dejar correr mis palabras al calor de la emoción que este acto nos produce.

Sin embargo, hay un párrafo que debe ser reproducido textualmente y por eso lo voy a leer:

"La Cámara ha hecho uso de sus prerrogativas y acallando la más exquisita susceptibilidad, no me to[illegible]ca otra cosa que obedecer lo pre[illegible]ceptuad[illegible] en ese mismo Código Fundamental que tanto me precio de ve[illegible]nerar. [illegible]mediato en consecuencia, he dado incumplimiento a lo acordado por este Alto Cuerpo, dentro de sus atribuciones constitucionales. Como antes, como ahora y como siempre, estoy consagrado a la causa de la Libertad e Independencia de Cuba". (Grandes aplausos).

¿Cuántos caudillos en parecidas circunstancias han dado este ejemplo, en toda la historia del mundo? Es difícil encontrar un contraste tan grande entre un temperamento de la magnitud indomable de Céspedes y la entrega al sacrificio y la subordinación a la Ley, que tuvo Céspedes en esa decisión de acatamiento pleno, que adoptó porque así creyó servir mejor a su Patria.

Ya destituído, se le mantiene algún tiempo en compañía del Gobierno, entregando documentos, listas y papeles que se le pedían con hostil reiterada insistencia por el Secretario interino de la Guerra Félix Figueredo; hasta que por fin, después de dos meses, se le asigna como residencia un campamento abandonado llamado San Lorenzo, en donde había una pequeña prefectura, para que allí permaneciera en espera de órdenes e instrucciones del Gobierno.

Sin ninguna escolta militar, acompañado solamente por dos familiares y un asistente, se dirige a San Lorenzo. El, que había sido el gran Caudillo, el centro fulgurante de la Revolución, va modestamente a un lugar apartado de las estribaciones de la Sierra Maestra, a esperar instrucciones y permiso de la Cámara para ir al extranjero. Instrucciones y permiso que no llegaron nunca.

No protesta ni se lamenta. Hay un silencio imponente y una estoica serenidad en Céspedes, que sus propios adversarios extrañan y consideran inverosímil e inexplicable.

¡Era que él había dado su vida y su alma a Cuba y nada le importaba lo que a él le pasara en el tránsito de su martirio!

Estuvo en el caserío de San Lorenzo algún tiempo. Su recio espíritu, que también tenía facetas evangélicas, lo llevó a enseñar las primeras letras a los niños de las familias que había en San Lorenzo. Y Céspedes, de hecho, estableció la primera escuela rural de campesinos que tuvo Cuba.

Una mañana ,traidoras delaciones llevan a un pelotón de tropas españolas y guerrilleros a aquel lugar solitario.

Era una acción segura y sin riesgos, porque Céspedes no tenía escolta. El ruido producido por la tropa lo oyen los habitantes de las casas y huyen al monte las mujeres y los niños.

El Libertador, vestido siempre con esa pulcritud que también tenía su espíritu, sale de la casa y se enfrenta con la tropa. De pie. De pie y solo, sin ningún gesto de rendimiento ni de sumisión. ¡De pie! ¡Era Cuba heroica que se erguía, rebelde y fiera, ante la muerte!

Tira la tropa una descarga, pero no lo mata; Céspedes dispara su revólver. Vuelve a tirar la tropa y, bajo esa segunda ráfaga de balas, se desploma verticalmente el inmenso Céspedes, escribiendo con su sangre, en el cielo de Cuba, el grito de ¡Independencia o Muerte! (Grandes aplausos).

Vean ustedes: Céspedes quiso ser, y lo fué hasta morir, el símbolo de la voluntad indomable e inflexible de libertad e independencia del pueblo de Cuba.

En medio de las amarguras que le producían las pugnas de la Cámara, él escribió, en cartas llenas de ternura y tristes premoniciones, a su esposa la señora Ana de Quesada: "Yo, que he de morir por Cuba en esta guerra, moriré sin ver la independencia. Esa vendrá después!"

Ya él había hecho el sacrificio total de su persona y su orgullo por la Patria. "Morirá mi cuerpo—pensó—, pero con el alma y la voluntad inflexibles. Y cuando mi cuerpo se desplome, ¡seré una bandera de guerra, pero también de sacrificio!"

Sublime bandera de abnegación y ejemplo para el pueblo cubano de todos los tiempos, para los guerreros de entonces y los veteranos libertadores de después, para los veteranos representados aquí y para los cuales yo pedí una ovación. (Aplausos).

La muerte de Céspedes fué su más poderosa arenga de guerra. La que resuena hoy como ayer y que lo envuelve en un halo resplandeciente de gloria. Su respeto a la Ley y su abnegación democrática, lo enaltecen tanto como el gesto heroico de La Demajagua.

Cayó como un héroe de la república romana; siempre en la línea de un amor fanático por la libertad y la independencia de su amada Patria. Patria cuya tierra quería él, como única recompensa, que fuera la que en todo caso abrigara sus restos mortales.

¿Cuál fué la fuerza profunda y poderosa que inspiró a Céspedes en aquella gesta de los Diez Años? ¿Cuál fué la energía moral que inspiró a otros esclarecidos patriotas, entre los cuales yo señalé, con respeto y veneración, a Francisco Vicente Aguilera? (Grandes aplausos).

Yo dije que en esta ceremonia mis palabras debían tener algo de mística, en el orden cívico que yo iba a ir con ustedes a recorrer el Vía Crucis del heroísmo, la abnegación y el sacrificio de Céspedes. No me preocupa esta o aquella belleza de forma. ¿Qué más belleza, señores, que el corazón? Y aquí veo y siento una emoción cubana tan profunda, que me recuerda los mejores tiempos del romanticisco patriótico cubano.

Y mientras haya cubanos poseídos como de una devoción por la Patria la estatua de Carlos Manuel de Céspedes, yo no tengo ningún escepticismo sobre los destinos de Cuba. ¡Los destinos de Cuba serán gloriosos y tendrán la magnitud de los héroes y estadistas que crearon la Nación cubana!

¿Qué energía espiritual produce este fanatismo, esa aceptación del martirio y esa audacia, que supera lo imposible, en ciertos hombres excepcionales? Esa fuerza es el patriotismo grande.

No es el patriotismo una virtud decorativa, de banderas, oriflamas y bandas de música.

El patriotismo creador es una especie de conciencia cósmica del hombre, que se forma con los factores emocionales más delicados que actúan sobre el corazón desde la infancia. Todo esto, unido a la influencia telúrica del medio físico de la Patria, desde el claro sol de la mañana hasta la penumbra estrellada de las noche. Y el conjunto de esto forma un fondo emocional en la conciencia, que no se borra jamás.

Esta aglutinación de sentimientos determina una profundá hermandad entre los hijos del mismo país, los une y solidariza en la dicha y en el dolor, en la gloria y en el desastre. Y cuando ese pueblo sufre o está atormentado o humillado por una dominación injusta, surge como una creación de la solidaridad moral en tensión de un país, el hombre de genial magnitud espiritual, el gran libertador, el gran estadista, que guía y saca a su pueblo del abismo o de la dislusión. (Grandes aplausos).

Este es el que tenía Céspedes y tenían sus compañeros, este patriotismo es el que explica la aceptación de los más grandes sacrificios. ¡El que muere en una gesta de libertad, lo hace con la sensación de que si él no ve el resultado de su obra, lo verán sus hermanos de la misma patria, que lo sigan en el curso de las generaciones!

En un momento dado, entre la patria y el interés personal, los que pertenecen a la estirpe inmortal de los gigantes que fundan y libertan pueblos, ¡se aprietan el pecho, se arrancan todo lo que es egoísta y personal, y, en el trágico dilema, dicen y resuelven: "Entre mis pasiones y mi patria, ¡primero la patria!" (Aplausos).

Esa fué la altísima categoría del patriotismo de Carlos Manuel de Céspedes y sus compañeros. Ese fué el patriotismo de Martí y sus seguidores en la Revolución de Febrero. Ese fué el sentimiento que mantuvo las dos guerras, casi imposibles, de los cubanos, iguales o superiores, en dificultades, a todas las guerras de liberación del mundo.

Yo quiero repetirlo aquí: ni en Grecia ni en Roma, ni en ninguna etapa de la Historia, aun de América, se sostuvieron guerras que hayan superado en decisiones difíciles y abnegadas, en heroísmos personales que parecen leyendas, en episodios asombrosos de guerra, en tenacidad perseverante, en obstáculos, enormes y sobrehumanos, a las guerras de liberación de los cubanos! (Aplausos).

Había en Céspedes un verdadero jefe, con todo el magnetismo y majestad que esta cualidad requiere en una revolución; había también un estratega; había un estadista. Pero había también un mártir.

En el fondo de su alma, la misma llama del martirio que quemó el corazón y la vida de Martí en Dos Ríos, ardía en el corazón de Céspedes en San Lorenzo. Para él, la patria fué sólo agonía y deber!

Cuando su hijo Oscar fué hecho prisionero, el jefe del Ejército español le envió un recado, sin medir la magnitud de montaña moral que era Céspedes: "Si quiere que su hijo salve la vida y sea libertado, le pedimos que se embarque al extranjero. No le ponemos ninguna otra condición". Y Céspedes le contestó: "Oscar no es mi único hijo. ¡Mis hijos son todos los cubanos que luchan por la libertad!" (Grandes aplausos).

Dos o tres días después de recibida por el jefe español la respuesta de Céspedes su hijo Oscar fué fusilado. Otro murió de inanición en la guerra. Cuando esto ocurrió, el Caudillo estaba todavía al frente de la revolución y ya su respuesta hacía pensar en la corona del martirio que se fijó sobre sus sienes en la tragedia de San Lorenzo.

Ese espíritu de sacrificio fué en él permanente: sus hijos y familiares, todo lo que era caro a su corazón, toda su estirpe, debía marchar a la guerra. Esta era la decisión de Céspedes; todo por la libertad de Cuba. ¡Así fué Céspedes! Los cubanos lo llaman desde entonces, con reverente unción, Padre de la Patria! (Grandes aplausos).

En los primeros tiempos no fueron estudiados ni apreciados en su debida proporción ciertos aspectos de la personalidad política de Céspedes, sus condiciones de republicano, de estadista y demócrata. Primero el brillo de La Demajagua y luego el oleaje de pasiones producido por la destitución de Céspedes, que la posteridad califica de injusta.

Después, eminentes historiadores cubanos han ahondado en la materia y han estudiado acuciosamente la trágica vida del héroe, cuya actuación en La Demajagua y luego destitución y muerte, influyeron decisivamente en el resultado final de la Guerra de los Diez Años.

Todo lo que he dicho me lleva a condensar mi juicio en esta síntesis: fué un gran estadista; fué un gran patriota; fué un demócrata de virtudes excepcionales y fué un gran caudillo libertador. Refundido todo esto, en un mártir del patriotismo de abnegación sin límites.

¡Toda su personalidad honra a Cuba y a nuestra estirpe y glorifica nuestra Historia! (Grandes aplausos).

Hablo ante esta estatua de Céspedes erigida aquí, en un sitio especial y único de nuestra historia colonial, como iría a hablar en cualquier lugar en que una circunstancia análoga se produjera: lo mismo en la montaña que en la llanura, en cualquier parte de Cuba y del mundo, en los riscos de una montaña o sobre los derruídos murallones de una fortaleza. ¡Dondequiera que se alce un símbolo de Céspedes, me inclinaré para venerarle y loarlo.

(Grandes aplausos).

Que se hagan, además de éste, otros muchos monumentos para Céspedes; todos serán pocos para representar el respeto y el amor que la Patria le debe a este cubano excepcional, que figura, por su talla, entre los más grandes y austeros libertadores del mundo.

Y ahora que estoy hablando de problemas de la patria en relación con Céspedes, ¿puedo separarme totalmente del momento actual? ¿Puedo olvidar que hablo al pie de la estatua del Padre de la Patria y no referirme a las inquietudes morales que hoy sienten los cubanos?

Hemos avanzado mucho en el orden material en estas últimas décadas; tenemos muchas cosas buenas, bellas y ricas y aún podemos avanzar más.

Pero hay cierta recóndita pena en la sociedad cubana. Hay divisiones que nos separan y que pueden y deben ser zanjadas, que deben ser resueltas.

El resentimiento y el odio prolongado destruyen el progreso de los pueblos y envenenan la esperanza, que es el aliento de la vida.

Toda fórmula elevada que aclare el porvenir, debe ser acogida favorablemente. Hay que mirar adelante. La historia no retrocede.

El pasado sólo sirve para prevenir y estudiar el futuro; hay que ahondar y usar en toda su eficacia el mecanismo de la democracia, que se creó como sistema político de lucha, para evitar y eludir la violencia como norma para zanjar graves querellas políticas.

La violencia no resuelve nada. Sólo engendra un péndulo sangriento de interminables revanchas.

¿No practican el método pacífico de acción cívica los franceses, en medio de las enormes dificultades políticas por que atraviesan? ¿No lo practican también los ingleses, sorteando radicales cambios económicos y sociales, superados siempre por el talento político y el dominio de sí mismo que tiene ese gran país, maestro del mecanismo democrático del mundo?

¿Qué tenemos nosotros menos, en la inteligencia, que esos pueblos, para no aspirar pacíficamente al libre juego de las ideas, y encontrar razonable transacción en todas las dificultades que últimamente ha atravesado nuestro proceso democrático?

Cuando los ciudadanos tienen principios políticos verdaderos, te-

(Versión taquigráfica de Pablo Gassó).